

Los inmortales: ¿en riesgo de muerte?

Autores:

Lic. Marta Verónica Zubowicz

MN.N* 42892

*“Ahora bien, esta actitud hacia la muerte tiene un fuerte efecto sobre nuestra vida. La vida se empobrece, pierde interés, cuando la máxima apuesta en el juego de la vida, que es la vida misma, no puede arriesgarse.” **

El lunes es un mal día, pero el martes es mejor, ya que sólo faltan tres días. El miércoles se soporta y el jueves se pasa rápido augurando el ¡maravilloso viernes!

El fin de semana se fue volando.... Como los días y las semanas, los meses y los años. Sin embargo, se piensa que siempre habrá tiempo para todo.

Es común escuchar este tipo de discurso en el consultorio, aunque no es en el único lugar, también lo escuchamos en la calle y en los medios de comunicación.

Lo llamativo es que, si bien se da particularmente en los jóvenes, estas proclamas no escapan a otras edades; apresurados para que llegue el fin de semana cuentan los días cuando terminan, como si el tiempo fuera eterno, como si se fuera a vivir para siempre, sin tomar en cuenta que no son inmortales.

Freud, en su texto “La Transitoriedad” invita a recrearnos con las maravillas que nos

ofrece la vida precisamente por ser transitoria: “El valor de la Transitoriedad es el de la escasez en el tiempo¹”.

En la actualidad pareciera que todo es transitorio, lo inmediato gobierna la vida y prácticamente no hay horas ociosas; ni siquiera hay tiempo para recrearse en la belleza de las cosas efímeras. El deseo se funde con el tiempo y el tiempo pasa veloz.

Se pospone la realización de lo que se desea pensando que siempre habrá tiempo para hacerlo. Y así es como nos encontramos con pacientes angustiados que nos plantean que están “aburridos” y “desganados”, necesitando la “adrenalina” que solamente encuentran en circunstancias límites que podrían definirse como riesgosas y que muchas veces nos hacen percibir una señal

* Sigmund Freud. Obras Completas. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Tomo XIV. Amorrortu Editores. 2000. Pág. 291.

¹ Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XIV. Pág. 309. Amorrortu Editores. Año 2000

de alarma que nos indica un peligro inminente.

Son pacientes que rehúyen a la idea de que la vida tiene fecha de vencimiento. No buscan ni proyectan un futuro diferente y pretenden un tratamiento rápido que les quite la angustia. También su paso por el consultorio es fugaz y nosotros nos quedamos entre la sensación de impotencia y la de frustración.

En las siguientes viñetas puede observarse un actuar potencialmente destructivo que estos pacientes no parecieran advertir; quitándole importancia, eligen nuevamente atravesar el mismo camino una y otra vez. Una compulsión a la repetición que va más allá del principio de placer.

Fabricio, 18 años de edad, cuenta que no sabe de qué va a trabajar cuando termine la secundaria, nada le interesa, solo quiere ganar mucho dinero de cualquier manera, sin importar lo que tenga que hacer. Fabricio tiene un auto importado que le regalaron sus padres, relata que una de las cosas que no soporta es que los conductores vayan despacio, los pasa haciendo maniobras bruscas y dice que suele conducir “muy rápido”, como toda su familia. ¿Cuándo se le pregunta a que llama rápido? Responde: a 200 Km. por hora.

Anabella de 19 años de edad, no trabaja ni estudia. Solo le interesan los chicos y las

fiestas electrónicas a las que acude tres o cuatro veces por semana. Cuenta que consume drogas sintéticas llegando a diez en una noche. Al finalizar las fiestas suele ir a “los afters”, que se realizan en una casaquinta y en donde continúa consumiendo drogas y alcohol hasta llegada la noche.

Verónica de 30 años, estudió trabajo social, pero manifiesta que se “aburría”. Es empleada en un kiosco y menciona que acostumbra ir sola a las 3 AM a comprar drogas a una plaza de Capital Federal en la que se reúnen “dealers” y consumidores.

Sergio, 45 años, comerciante. Refiere que utiliza una página de citas por internet y que los encuentros suceden en su vivienda. En varias oportunidades sufrió robos por parte de estas personas y revela que no utiliza preservativos. Al preguntarle el porqué de esta actitud, dice: “Necesito la adrenalina de enfrentarme al peligro”.

Al no hallar la posibilidad de reflexionar ni de distinguir las situaciones de peligro, no se evalúan los riesgos ni tampoco se encuentra el momento para elaborar o procesar lo sucedido.

Todo pasa vertiginosamente, sin mediación del pensamiento, arriesgan su integridad física sin medir las consecuencias, se rehúsan a tomar conciencia de que no son inmortales

y de esta manera evitan la angustia que sobrevendría al entender que no podrán satisfacer todas sus aspiraciones.

Aceptar que todo no se puede, implica soportar la frustración y la castración de las que no se quiere saber nada. Para negar esta evidencia se refugian en lo urgente, en lo momentáneo y en lo peligroso, en donde no se halla el espacio para reelaborar el sufrimiento, quedando a merced de la repetición de un padecimiento del pasado oculto en las conductas de riesgo.

Sin tiempo para construir la historia de aquello que los angustia y le otorga significado a lo traumático no hay posibilidad de un tratamiento efectivo. Sin límites que los organicen en el tiempo para concretar sus deseos los mismos terminan relegándose eternamente hasta desinteresarse por su propia vida.

En un juego de equilibrio entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte, Tánatos puede llevar las de ganar; volviéndose más destructivo y persecutorio, la vida se transforma en una amenaza permanente de la que hay que escapar; para ello se recurre a soluciones mágicas y a defensas maníacas que van desde la negación del peligro hasta la búsqueda de la juventud eterna; todo ello en el medio de una vorágine de actividades, en donde las fantasías de inmortalidad protegen del miedo.

El gran maestro Borges relata en un cuento llamado “El inmortal”², la historia de un personaje que va en búsqueda de la Ciudad de los Inmortales, atravesando varias peripecias. En un cierto momento se encuentra con una tribu a la que reconoce como Los Trogloditas. Los describe diciendo: “...emergían hombres de piel gris, de barba negligente, desnudos. Creí reconocerlos: pertenecían a la estirpe bestial de los trogloditas, que infestan las riberas del Golfo Árábigo y las grutas etiópicas; no me maravillé de que no hablaran y de que devoraran serpientes”³.

Los retrata como seres primitivos que ni siquiera habían adquirido el habla; sin embargo, como Borges suele hacerlo, nos sorprende dando cuenta de que estos rudimentarios inmortales, en realidad eran personas muy sabias que con el paso del tiempo habían perdido el gusto por absolutamente todo. Desde una prolífica cultura llegaron al hastío de la propia vida de la que no podían escapar.

Interesante cuento para pensar en los privilegios que podría otorgar la inmortalidad; un “vivir para siempre”, en donde no existe el apremio de la vida para concretar todo aquello que se desea. Es cierto que desde ese lugar el deseo debería

² Jorge Luis Borges. El Aleph. “El Inmortal”. Pág. 7. Emecé Editores. 1974

³ Jorge Luis Borges. El Aleph. “El Inmortal”. Pág. 12. Emecé Editores. 1974

ser eterno, pero entonces ¿Cuál sería el estado de satisfacción? ¿Dentro de que límites evaluarla?

Como en toda conducta existen variables sociales, culturales y familiares que influyen en la forma en que las personas se desempeñan, condicionándolos o motivándolos a actuar de cierta manera. La cultura respalda estos modos de conducirse incentivando la idea de “jugárselas”, de sentirse vivo a través de desafiar a la muerte. Un sitio “borderline” que los deja en el medio del precipicio y en las puertas de la frustración cuando se saben mortales. Pero cuando los límites no se perciben, cuando el tiempo es eterno, y se sienten aprisionados en un círculo sin fin que inhibe la acción, sin posibilidad de una construcción de vida aparece la desilusión que los sumerge en un letargo, muy parecido al placer, pero más cerca de la muerte.

Cuando la idea de ser inmortal los confronta a la desmentida, cuando la realidad les muestra que nada es para siempre, que se pueden morir, asoma la angustia; la angustia no engaña, dice Lacan. La angustia es un indicador que lo ominoso, aquello que no debería aparecer, se ha hecho presente, quizás allí se haga posible una intervención.

Cuando ese síntoma, hasta ahora ego sintónico, comience a molestar a inhibir y a angustiar, probablemente logremos que

puedan sostener el tratamiento en el tiempo para permitirnos ahondar en los motivos que provocaron este modo de vivir.

Como psicólogos, si bien es cierto que podríamos entrever un desenlace fatal en las conductas de riesgo, no contamos más que con conjeturas e hipótesis interpretativas. Sin las pruebas necesarias para aseverar que estas personas están en peligro ni tampoco para hablar de “ideaciones suicidas” ya que justamente la idea de estos pacientes no es morirse sino vivir para siempre, entonces ¿Cuál es nuestra competencia y nuestra responsabilidad frente a estas prácticas? ¿Cómo realizar un diagnóstico previo cuando el mismo se va construyendo durante el tratamiento? ¿Cómo manejarse con esta información sin caer en contradicciones éticas?

Las vidas de estos pacientes probablemente estén en riesgo y de existir un desenlace fatal nos veríamos involucrados.

Nos compete una responsabilidad moral que podría llegar hasta una responsabilidad legal de las que deberíamos saber cómo prevenirnos.